

R

REVISTA DE MÁLAGA.

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD DE CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES

AÑO III.—TOMO VI.

15 DE MAYO DE 1876.

NÚMERO 32.

SUMARIO.

- I.—Discurso pronunciado en la Academia de Ciencias y literatura del Liceo, con motivo del aniversario de Cervantes. POR D. JOSÉ M.^a DE SANCHA.
- II.—Idea de Dios.—Pensamientos de los filósofos hasta Jesu-Cristo.—POR D. M. M. MORATILLA.
- III.—En la Soledad.—A mi querido amigo Antonio Fernandez Grilo. (Poesía)—POR D. JOSÉ M. CROUSEILLES.
- IV.—Poesía y Madrigales.—POR D. ATENODORO MUÑOZ.
- V.—Una Página íntima de la historia de Fortuny.—POR D. BERNARDO FERRANDIZ.
- VI.—Clary, novela inglesa. (Continuacion) POR B. D' ARNAUD.
- VII.—Miscelánea.

DIRECTORES—PROPIETARIOS,

ENRIQUE RIVAS.

JOAQUIN M.^a VERDUGO.

MÁLAGA

IMPRESA DE LA REVISTA DE MÁLAGA,
PLAZUELA DEL CISTER, NÚM. 9
1876.

DISCURSO

LEIDO POR EL

SR. D. JOSÉ DE SANCHA,

EN LA SESION CELEBRADA POR EL LICEO DE MÁLAGA EL DIA

23 DE ABRIL DE 1876.

«SEÑORES:

Si mas que una culta costumbre, es conveniencia oratoria, preparar el ánimo del público á la indulgencia al dirigirle la palabra, hay circunstancias en que la costumbre ó la conveniencia, llegan á ser necesidad imprescindible, y tanto más, cuanto la ocasion es solemne, el objeto levantado y el orador inexperto ó imperito.

Cierto es, que en tal caso, ántes debiera, quien con tan mezquinos recursos, se atreve á cosa tanta, sellar el lábio y ceder el puesto, que solicitar, descortés y osado, un favor que no merece, para una empresa de que no es capaz: pero si no ya su eleccion, si no deberes de otra índole, le obligan contra su voluntad á desempeñar un papel que no es el suyo; ¿que hará, que no sea reconocer su falta, pedir por ello anticipado perdon, y declinar la responsabilidad que no puede caberle por lo que no es libremente ejecutado?

26

R. 939



Tales mi situación; tal la batalla con que atribulan mi espíritu, vuestro juicio que me espanta, vuestra benevolencia que me abruma, mi incapacidad que me humilla, y mi osadía que me avergüenza.

Quédame solo el recurso de deciros, no vengo, que me traen, y no ciertamente merecimientos propios; sí atención; y consideraciones, á quien sabe que rogando me manda, y solicitando me obliga. Suya pues, sea la responsabilidad, si el justo afán que aquí os reúne, se vé por mí del todo defraudado, y suyo el gran cargo, de la profanacion, que Dios me libre de cometer á sabiendas de un nombre y un recuerdo, dignos, no ya de nuestras atenciones, si no de nuestro religioso respeto.

Hoy nos junta aquí el laudable deseo, de ser parte también, en el concierto general que encumbra al inmortal Cervantes al templo de la gloria.

Quizá por vez primera en Málaga, se trata en este instante de solemnizar con la debida pompa, el recuerdo impercedero del manco de Lepanto. El afán universal con que en nuestra época se estudian y comentan sus obras, se analizan y desentrañan sus pensamientos, se rebuscan y coleccionan los episodios de su vida, tiene eco en Málaga también, y entiendo yo, que si un espíritu recto, es el móvil de semejantes trabajos, si un laudable deseo los ocasiona, y un lisonjero éxito los ha de coronar; menester es algo mas que quemar el incienso de nuestras alabanzas, en nombre y gloria de quien los tiene tan sobrados, que rebasan los ámbitos de la tierra y se robustecen con el paso de los siglos.

Ese algo, á mi juicio, no han de ser protestas de respeto, si no hechos que lo prueben; no estériles exclamaciones, trabajos que á los suyos imiten; y pues hoy tratamos de rendir culto á Cervantes, procuremos no ser de aquellos que proclaman verdades que no creen, y aconsejan virtudes que no practican.

A este fin tan solo enderezo mis pensamientos, y Dios haga que en gracia al buen propósito, me sea lo demás disimulado.

Recuerdos de una época de idealismo y poesía, tan lejana de la verdad como las primeras hipótesis de las ciencias experimentales, llegaron hasta principios del siglo XVII dueñas y señoras de la admiración popular, las maravillosas relaciones de los libros de caballerías. El Renacimiento, que aunque absurdo en su manera de proceder, no era otra cosa que la justa reacción del arte hácia el realismo ántes desconocido, hacia necesaria una regeneración en el gusto literario, que iniciada ya en nuestra pátria, reclamaba su complemento, en el olvido del género caballeresco, viciado, como toda exajeración; y Cervantes, lleno del espíritu de su época, asumiendo en sí y aun personificando esa tendencia, como es propio del verdadero génio, trató de completar la revolución literaria, dando el golpe de gracia á aquellas descabelladas narraciones.

Tal fué sin duda su único propósito, análogo por su razón de ser, y por su resultado, á los que en la ciencia y en el arte, hicieron sentar á Bacon á Descartes á Miguel Angel y Shakespeare los fundamentos de el moderno ideal de la verdad y la belleza.

Fruto, la historia del Ingenioso Hidalgo, de tan fundadas y generales causas, concebida por la elevada inteligencia y el delicado sentimiento del génio de Cervantes, y revestida de las preciosas galas de su elegante y castiza palabra, no pudo menos de conquistar bien pronto la simpatía pública, obteniendo con ella el triunfo de su pensamiento, de modo tan palpable y evidente, que pudo sin dificultad preverse, y proclamarse sin jactancia, por el mismo Cervantes.

Es muy verdad, que no sin fundamento, el análisis permanente y escrupuloso á que aquel libro inmortal se halla sugeto, ha hecho ver en él, una obra filosófica, profunda y completa, enciclopédica hasta el punto de que á su autor se juzgue como moralista, como geógrafo, como crítico, político, alienista, legislador y teólogo.

Pero ni hay que ir tan léjos, ni creo que debe llegarse tan á lo escondido, para ver en los magistrales caracteres de don Quijote y Sancho, no ya al espiritualismo y el materialismo,

que ni el uno es tan inmaterial que deje de ser hombre con todas sus pasiones, ni el otro tan grosero que le falten la discrecion é inteligencia, la gracia chispeante y la bondad modesta de un espíritu recto y delicado.

El idealismo y el realismo, como concepciones artísticas, como pensamientos filosóficos, como cualidades morales, son sí, ciertamente, los términos que encuentran representacion cumplida en ambos celebérrimos personajes.

Lo ideal, la aspiracion perpétua á una perfeccion que en el mundo de la realidad no existe; limite siempre visible y siempre remoto; codiciado término que la fantasia nos dice realizable á cada paso, y la razon desvanece á cada experimento; sublime perfeccion que el alma nos dá completa y medida en esa escala inconmensurable conque abarca desde la nada al infinito, que solo allí reside y allí reside siempre; ese es don Quijote, adorando en Dulcinea todas las perfecciones humanas, practicando en sus ejercicios todas las virtudes, enalteciendo sus hechos con todas las grandezas, aunque á los ojos de la fria esperiencia, aquel amor sea un sueño, aquella princesa una rústica lugareña, los poderosos ejércitos, manadas de borregos, los triunfos, caidas y molimento de huesos, los castillos ventas, los nobles, posaderos, las damas mujerzuelas, las hazañas desdichas.

La realidad, el positivismo de la vida, esa verdad que no entra por los sentidos; pero que no vive sin ellos, ese principio de justicia que no es el egoismo, pero que no alcanza á la abnegacion, esa belleza que llega al alma por los ojos; pero que no es el sensualismo, ese espíritu que en la observacion aprende, que se acomoda á lo que és, en su conducta; que vé lo grande y lo bello, lo bueno y lo armonioso en ese mundo real, que el mismo Dios halló hermoso tambien al darle forma; ese es Sancho Panza.

Para él no hay soñadas Dulcineas en castillos de cristal; pero hay una modesta casa en el lugar, en donde la mujer hacendosa, la hija honrada, el hogar tranquilo, y el corral poblado, son dicha bastante, por mas que no cumplida, pero me-

nos turbada, que la que llevan consigo los honores y respetos, llenos de inquietud y temores del famoso gobierno de la In-sula.

El idealismo y el realismo, son los términos entre que el mundo del arte se agita y vive por ambos, y con ellos; siendo tan vicioso el prescindir de aquel como de este y tan completo cuando los abarca en las exactas proporciones, en el equilibrio de lo justo; no de otro modo que la luz y las tinieblas son el absurdo en sí, y de luz y de tinieblas se componen esos maravillosos tonos, esas dulcísimas tintas, esos encantadores tornasoles con que las nubes y el cielo se engalanan al caer el sol en el misterioso abismo de los mares de occidente.

Todo está sujeto á peso y medida en la obra de Dios; todo es equilibrio de contra-puestas fuerzas en la naturaleza en que vivimos, oposicion sin antagonismo, variedad armoniosa, diversidad sin desunion, lucha perpétua sin derrota ni triunfo.

Y el hombre mismo, mundo abreviado, compendio de la naturaleza, resúmen de la creacion, trabajo acabado del divino artista, qué es en fin, sino el ejemplo vivo de ese perpétuo dualismo en la unidad?

Tal es, señores, el carácter esencial y distintivo de nuestros dos célebres personajes, que si pudo de ellos con razon decir el eminente crítico y comentador de Cervantes, el reputado autor de los «Amantes de Teruel» que

«Quien no es Sancho Panza en algo

Es en algo don Quijote»

Yo me atrevo á afirmar, no con menós razon sin duda, que cada hombre es á la par y necesariamente un algo y otro algo del Hidalgo y del escudero.

Hé ahí por qué el arte resplandece en toda su medida en la peregrina historia de sus aventuras.

Hé ahí por qué el ideal no basta por sí solo, como no basta tampoco el mas estudiado realismo á la belleza en el arte.

En el primer extremo buscaron en vano su perfeccion las artes otro tiempo. En el segundo se estravian hoy ciegamente

con deplorable frecuencia, y preciso es decirlo indispensable comprenderlo así, inevitable cumplirlo. En tanto, que un error de escuela arrastre á unos y otros artistas por el camino sin límites ni horizontes de lo ideal, ó por la árida y polvorienta senda de las realidades, el templo de la gloria no será el límite de la jornada.

Unanse en indisoluble lazo don Qijote y Sancho; que las locuras del uno y la discrecion del otro, la temeridad de aquel y la prudencia de este, son como el alma y la vida, las fuerzas sin las cuales el cuerpo mas perfecto se trueca en podredumbre y en miseria.

Ceso al fin señores de molestar mas tiempo vuestra inmerecida atencion.

A mas hábiles manos toca acabar la tarea y ha querido nuestra dicha, que á eminencias del arte á nombres envidiables é imperecederos haya un turno en este dia; para que el acto sea digno del objeto; para que el nombre del glorioso artista sea por gloriosos artistas pronunciado, y para que con fundado motivo podais conservar un grato é imperecedero recuerdo de la fiesta que yo aunque indignamente he tenido la honra de inaugurar.»

HE DICHO.



CONOCIMIENTOS DE HISTORIA.

IDEA DE DIOS.

PENSAMIENTOS DE LOS FILÓSOFOS HASTA JESUCRISTO.

I.

Si intentásemos practicar un estudio profundo y detallado de la mitología, preciso fuera que hiciésemos la historia de los extravíos mas absurdos y torpes de la humanidad; seguir dia por dia las convulsiones, trastornos y trasformaciones que todos los pueblos del mundo han sufrido, y recopilar en reducido espacio los acontecimientos de muchos siglos. Este trabajo, harto colosal para limitarlo á las exiguas proporciones de un artículo, y muy superior á las fuerzas y conocimientos que alcanzamos, estaria tambien fuera de las condiciones de un periódico, y por mas que la inteligencia de nuestros lectores se equilibrara y nivelara con nuestra voluntad y deseo, solo lograríamos que les acometiera el fastidio. Fundados en esto, ceñiremos nuestra tarea á dar ligeros apuntes sobre el origen de los dioses y cultos que el paganismo á los mismos tributaba, hasta que la esplendente luz del Evangelio disipó las tinieblas en que yacian sumergidos.

Las letras de los chinos apenas fueron conocidas de los antiguos; cultivaron con especialidad la ciencia de las costumbres y de las leyes; Confucio es su Sócrates, aunque más antiguo.

Los primeros sofistas y brahmanes, antiquísima especie de sábios dedicados á la contemplacion, fueron tenidos en gran veneracion en la India. Los caldeos y magos fueron los sábios de la Asiria. Los persas, célebres por sus magos, estudiaron tambien el origen de los dioses.

Entre los semitas merecen especial mencion Job y Moisés por su sabiduria. Más necesario es consignar que aun cuando fueron entre ellos célebres las sectas de cabalistas y talmudistas, los estudios de los hebreos se dirigian con preferencia á la religion, ritos y ceremonias.

Estrabon dice que los fenicios fueron ricos en toda especie de filosofia.

El Egipto es el domicilio estable de la sabiduria; su cultura en las ciencias es anterior á Moisés, y no indigna de él. Mas su filosofia es necesario estudiarla en sus discipulos los griegos, pues ellos la tenian misteriosamente oculta en grolíficos.

Vemos, pues, por el rápido estudio de la filosofia bárbara, segun la llamaban los griegos, que todos los pueblos la cultivaron, y todos aspiraron á conocer las bellezas de la creacion y su origen supremo. Sin embargo, los hebreos, auxiliados por el divino dón de la revelacion, pudieron adquirir copiosa doctrina, conocer perfectamente lo que al hombre y á Dios pertenecia, y evitar tan considerables errores como para explicar el origen de todas las cosas se produjeron.

Los gentiles desconocieron la creacion, formada de la nada, por no haberla recibido por revelacion; y no pudiendo concebirla, recurrieron todos para explicarla á la materia eterna.

La materia eterna, decian, dotada de vida y fuerza productiva, es el principio de todas las cosas, ó se derivó desde la eternidad de este principio y suprema deidad, distinto de la materia. Confundida largo tiempo en un ciego caos, ó por su

propia fuerza, ó por providencia del númen eterno, adquiere el órden y la forma de universo.

Este númen habita, segun ellos, en lo interior de los cielos, y desde aquel excelso lugar usaba de cierto principio como de agente, el cual dispone la materia en órden; modifica y quebranta la fuerza de otro principio que sale del centro de la materia, y que trastorna todas las cosas. De aquí la luz y las tinieblas de los caldeos, el Oromazes y Ahriman de los persas, el Osiris y Tifon de los egipcios, el Amor y la Noche de los griegos, el Júpiter y generacion de los Titanes de los poetas.

Hemos rápidamente indicado el estado de la ciencia filosófica en los primitivos tiempos, cuando al sacerdocio solamente le era dado acometerla y profundizarla; cuando encubierta y oculta bajo el misterioso velo de la religion, hubiérase creído una horrible profanacion intentar conocer la menor de sus leyes ó preceptos.

Sigamos analizando á grandes rasgos, como lo hemos hecho hasta aquí, la marcha de la ciencia filosófica, y completaremos este ligero estudio, que no tiene otro objeto que probar que en todas las sociedades nacientes y ya formadas, ignorantes y florecientes, sea cualquiera la manera que tengan de crearse y de vivir, todas necesitan un principio supremo que dirija la marcha de su vida en las nebulosidades en que vaga perdida la conciencia.

II.

El pueblo griego, grande, poderoso, inspirado, sublime y amante de la libertad, nos dará á conocer una época notable por el desarrollo que adquirió el estudio de la filosofía, por la manera ámplia y extensa con que se propagó.

Dos son las edades de la filosofía griega; la primera llega hasta Sócrates; la segunda hasta la reunion del Pórtico con la Academia.

Principian los poetas, especie de filósofos más antiguos entre los griegos, y Lino, Anfion, Hesiodo, Homero, juntan á los hombres en sociedad y los enseñan el culto de los dióses; y de aquí brotan los siete tan celebrados sábios de Grecia, que se emplean en fundar y arreglar ciudades y establecer leyes.

Tales, que vivia 600 años antes de Jesucristo, procuró resolver la cuestion que agitaba todas las cabezas, que conmovia todos los espíritus, que era el *desideratum* de todos los pueblos; y aplicando la experiencia á la materia, sentó como doctrina que *el agua y la humedad era el principio de todas las cosas, y el espíritu su principio motor*. Anaximandro decia: *Lo infinito, que es el sér divino, es la primera sustancia de todas las cosas, y esta sustancia es una cosa intermedia entre el agua y el aire*. Anaximenes sigue esta doctrina y considera al *aire* como elemento infinito y primitivo del mundo.

Establece Pitágoras su gimnasio en Cortona, cuyo principal objeto es perfeccionar los hábitos intelectuales, religiosos y morales del pueblo. Los números, dice, son el principio de todas las cosas, y hace aplicacion de ellos á la Física, á la Psicología y á la moral. Explica la composicion del mundo por este sistema; y segun la opinion más general, el dios de este filósofo era el éter. Consigna que *el alma es un compuesto de éter caliente y frio, capaz de unirse á cualquier cuerpo, pero sujeta por el destino á atravesar una série determinada de aquellos*. De aquí la doctrina de la trasmigracion de las almas.

Genofanes, fundador de la escuela Eleática, declara que la experiencia de los sentidos es una pura ilusion; sostiene la eternidad é inmutabilidad del mundo, y dice, que Dios, siendo el sér más perfecto, es muy diferente de las indignas imágenes que adoraban sus contemporáneos. Parmenides y Zenon siguen esta doctrina.

Leucipo inventó la teoría de los átomos, y por ella explica las propiedades de las cosas. El alma, segun este filósofo, es

una agregacion de átomos redondos, de donde resulta el calor, el movimiento y el pensamiento.

Concluimos el exámen del primer periodo de la filosofía griega, y nuestros lectores habrán tenido ocasion de observar que no era otra cosa que una desordenada coleccion de verdades y de errores, de supersticiones y preceptos.

La rápida propagacion de los conocimientos y de los sistemas filosóficos entre los griegos; la incertidumbre de los principios y de los resultados de las más elevadas aplicaciones de la inteligencia y un asombroso refinamiento de cultura, que coincidió con la decadencia de los hábitos morales y religiosos, dieron origen á la *Sofística*. El desconcierto y desorden en que esta escuela habia colocado á la ciencia filosófica, hizo que el espíritu humano dirigiera una mirada dentro de sí mismo, con el objeto de descubrir un punto de apoyo sólido y seguro sobre la moral y la religion.

Desde este tiempo comienza para la filosofía griega una época importante.

La ciencia recibe nueva direccion; abandona su estudio de la naturaleza al hombre, y procede del hombre á la naturaleza; se esfuerza por seguir un método para combatir y dominar los sistemas particulares y abrir campo á nuevas investigaciones.

Atenas que, por su constitucion politica, por el carácter de sus habitantes, por su comercio y por la guerra que sostenia con los persas, era el foco de las artes y ciencias en Grecia, vino á ser el centro de todos los trabajos filosóficos. Abriéronse escuelas que propagáran las ideas y desarrolláran las facultades intelectuales; y el génio fecundo y sana razon de Sócrates dá nueva forma y direccion al espíritu filosófico.

Este hombre recto y eminente se propone contener los extravios de los sistemas filosóficos, someter las pretensiones científicas á la ley de la virtud, ligar estrechamente la moral con la religion, y combatir á los sofistas. Declara que la justicia es el principio de todos los deberes; que la verdadera felicidad es inseparable de la virtud; que Dios es el autor de las

leyes morales; que su existencia está demostrada por la armonía de la naturaleza; y que el alma es un ser divino semejante á Dios; con cuyas doctrinas combate las teorías exclusivas de los filósofos anteriores; declara á la libertad humana y á la naturaleza sometidas á leyes superiores; demuestra el verdadero origen de todos los conocimientos, y abre nuevo campo á las investigaciones filosóficas.

Esta escuela se divide en dos sectas, que crean las escuelas *cinica* y *la cirenáica*. Antístenes, fundador de la primera, hace consistir la virtud en la abstinencia y las privaciones. Aristipo, jefe de la segunda, constituye el fin del hombre en el goce de los placeres y enseña el arte de disfrutar de la vida. De la escuela *cinica* nace la de los estoicos, y de la *cirenáica* la de los epicúreos.

Pirron y Zenon sostienen la doctrina de Sócrates aunque algun tanto desvirtuada.

Euclides de Megara establece una escuela para perfeccionar la dialéctica segun las ideas de Sócrates.

Platon fundó en la Academia un sistema de filosofía dogmática más completo bajo el punto de vista de la razon; y Aristóteles, su discípulo, en el Liceo estableció otro tambien más ámplio bajo el de la experiencia. El dogmatismo estoico provocó la contradicción del académico Arcesilao, y nace el excepticismo de la nueva Academia.

Distingue Platon rigurosamente los conocimientos que se adquieren por los sentidos, de los que vienen directamente de la razon, y declara que estos son reflejos de las ideas divinas. Así que la moral de Platon es toda religiosa, y su política toda moral.

Aristóteles poseia un vasto talento de análisis y profundos conocimientos; negó las *ideas* de Platon, y en oposición con el mismo, procedía de las particulares á las universales.

Epicuro enseñó una filosofía indulgente con las necesidades de los sentidos, partidaria de los goces sociales y enemiga de la superstición, y aseguraba que el alma era corporal, aunque de materia más delicada que el cuerpo.

Concluylamos este estudio manifestando que otros varios filósofos, hombres eminentes y profundos pensadores, aceptaron ya unas, ya otras de las doctrinas expuestas, y que si bien hicieron grandes servicios á los futuros estudios, nada determinado ni fijo establecieron, y con especialidad en el objeto principal de sus investigaciones.

Roma, la señora del mundo, la reina de las ciudades, cuando sujetó á la Grecia, recibió en su seno todas las sectas, todas las letras y las artes y toda la corrupcion y errores que los vencidos la importaron. Si la decision de los romanos por la religion, las costumbres, las leyes y las armas dificultó el progreso de la filosofia, no por esto dejó de tener hombres eminentes, como Caton, que aceptaron su estudio y progresaron en él; pero fueron acaso los romanos más afortunados en sus averiguaciones acerca del Supremo Hacedor? Su culto fué tan fecundo que produjo más de *treinta mil* númenes diferentes.

Si los trabajos filosóficos caminaban con lentitud, la organizacion social, á pesar de las leyes de Licurgo, Dracon y Solon, no habian podido salir de su infancia, y los pueblos torturados bajo la opresion tiránica de sus reyes ó el despotismo arbitrario del sacerdocio, gemían en la abyeccion y abandono más lamentable. Si sus cultos se propagaron desde los objetos más asombrosos de la naturaleza, hasta las plantas y animales, sus sacrificios derramaron la sangre de estos como la de humanas víctimas. Si las leyes en lo general eran crueles y arbitrarias, en determinados países fueron tan benignas, que habia delitos, como el parricidio, que no creyeron pudiesen existir jamás, y aun castigaban y condenaban á terrible pena al que se atreviera á denunciar hecho de este género. Mas, por desgracia, la conducta de sus reyes no justificó siempre esta noble confianza de la ley, porque muchos de ellos se mancharon por ambicion con la sangre de sus padres y de sus hermanos. Los reyes exigieron que se les colocara en la categoría y diese culto como á las divinidades. Los hombres del pueblo no podian dedicarse sino á los trabajos del campo y oficios, ex-

cluyéndole de todo cargo y derecho público. El derecho de vida y muerte sobre los esclavos es de derecho comun en la antigüedad. La mujer y los hijos no son personas libres, sino cosas que pertenecen al padre y de que este puede disponer casi á su antojo. Vende sus hijas á los que quieran ser sus maridos. Mata al hijo que nace deforme. Si la mujer bebe vino, roba las llaves ó falta á la fé conyugal, su marido podrá darla muerte sin que nadie tenga derecho á pedirle cuenta por su accion. A la mujer, ser delicado que nació para amar y sentir, se la obliga á que, ahogando los sentimientos más nobles y puros de su corazon, entregue al hijo querido en los brazos candentes del ídolo para consumir el ridiculo y cruento sacrificio.

Esta filosofía, este gobierno y estas leyes, produjeron el suicidio de Lucrecia, por no sobrevivir á su deshonra, ocasionada por el brutal hijo de Tarquino; el horrible valor de Tulia para destrozarse con las ruedas de su coche el cadáver de su padre, muerto por su propio marido; el espantoso orgullo de los patricios romanos; la crueldad de Caligula y Neron; y la prostitucion escandalosa de la ciudad eterna. Imposible parece la reparacion y restauracion del estado en que los pueblos están constituidos! Nadie calcula de qué modo pueda efectuarse un cambio que, modificando los usos de los pueblos, pueda determinar nuevas leyes, gobierno nuevo, nuevas costumbres. Si diez y siete siglos de estudio continuo para mejorar las condiciones de los pueblos hánlos conducido á este estado, cómo podrá lograrse una completa regeneracion? Y sin embargo, esta se efectúa en poco más de tres siglos. Veamos de qué manera.

Mientras que Roma hacía la conquista del mundo, y pasaba, por decirlo así, con la espada de las legiones el nivel sobre todos los pueblos, entre la Europa y el Asia, entre el Egipto, la Siria y la Grecia, se halla un país cerrado por las montañas y los arenales del desierto, donde vivia un pequeño pueblo, escogido de Dios, que mientras el resto del mundo se entregaba á la idolatría y adoraba los falsos dioses, conservó pura y sin mancha en el fondo de su Tabernáculo la idea de un

Dios único y moral. De él ha de venir la reparación de los hombres, la destrucción de los ídolos, la redención de la humanidad.

Este cambio, de tan fecundos resultados, conocido de los hombres y figurado por los profetas, será el *complemento de la idea suprema*.

Esta reforma que se anuncia á la nítida azucena de Nazaret, principia en el humilde albergue de Belen y termina en el afrentoso suplicio del Gólgota. Y esto se verifica para probar cuán insuficiente y vana es la ciencia que no reconoce por principio el origen de toda sabiduría; cuán desacertadas las determinaciones que no vienen dirigidas por el que, con tan admirable acierto, determinó las leyes del mundo que los filósofos querian estudiar, y cuán impotentes los esfuerzos de los hombres que, habiendo dominado é impuesto sus leyes y gobierno á todos los pueblos, no pudieron combatir una doctrina, ni destruir sus prodigiosos efectos con la muerte de su fundador ni con la profusion de sangre que de millares de mártires hicieron derramar; y vieron con despecho satánico que la influencia de un gobierno fuerte y poderoso es aniquilada por unos pobres pescadores; que á su voz se moderan las costumbres, cambian las instituciones y se desploman los templos que contienen los falsos dioses, destrozando sus divinidades para alzarse nuevos altares y practicarse nuevos cultos.

Y es, que la jóven tímida, María, la humilde sierva, dió la libertad á la mujer; de esclava la hizo señora, y de mujer la hizo madre, con derechos y facultades para que desarrollara toda la delicadeza de sus sentimientos, toda la efusion de su inmenso cariño; para que llevara el consuelo á las familias, y fuese el ángel de paz en el hogar doméstico. Y el suplicio del Calvario ennobleció al hombre y dió la libertad á todo el género humano, porque de aquel monte santo, regado con la sangre preciosa del Redentor, y coronado con el árbol místico de la Cruz, brotan la fé, escudo fuerte y seguro que nos presta valor en los sufrimientos y tribulaciones de la vida; la esperanza, bálsamo delicioso de general consuelo, y la caridad, que

cubierta con su sencillo ropaje, como la humilde violeta escondida en sus hojas perfuma la atmósfera, es incienso oloroso que eleva sus espirales al trono de Jehová, único y verdadero Dios.

M. M. MORATILLA.

EN LA SOLEDAD.

A mi querido amigo

ANTONIO FERNANDEZ GRILO.

La soledad me espanta
Y Dios me puso en soledad sombría.
El águila es mi sola compañía...
Desde léjos la miro
Cuando su vuelo rápido levanta
Y hendiendo de los aires la llanura
En portentoso giro,
Sobre el picacho de escarpado monte
Arrogante se cierne con bravura.
Oyese solo el rebramar del viento
En esta soledad, y el horizonte
Luciendo apenas del naciente día
El rosado matíz, vela incesante
De la tierra y del cielo la alegría.
¿Qué vive aquí, si el ave con sus trinos
Y la flor con su aroma perfumado
No llenan los espacios y derraman

Acordes peregrinos,
Esencias campesinas en el prado,
Luz para el alma que suspira y llora,
Vida y calor para el doliente pecho,
Amor para el que adora,
Y se retuerce en acerado lecho.
El génio de la muerte sus dominios
Tal vez posó aquí un tiempo,
Y este es el rastro de su estéril planta,
Aquesta la reliquia de su paso.
Lo dice cuando canta
El ave de las ruinas que allí habita
Al hundirse la tarde en el ocaso,
Y lo dice también secreto instinto
Que sin cesar me escita
A penetrar, osado, en el misterio,
A traspasar las puertas del recinto
Donde tiene la fé su eterno imperio.
Horas de luto que discurren lentas
Suceden á otras horas en que el sello
De la inmensa tristeza de estos campos
Impreso está con lúgubre destello.
Y la dicha que el alma suele á veces
Hallar lejos del mundo y su ruido
Jamás aquí se encuentra;
Siente en su centro el corazón herido
El triste caminante,
Tanto vacío le destroza el pecho,
Y al recordar el prado exuberante
De luz y de belleza donde niño
Con pueril vano aliño
Corrió su edad primera,
Lágrima ardiente abrasa su mejilla,
Que es esta soledad imagen fiera
Del alma del escéptico dó brotan
Flores sin jugo que la escarcha humilla

Y que arrancadas por el duro viento
Entre sus ondas deshojadas flotan.
Tierra de espanto! Si á mis tristes ojos
El campo y sus colores,
Del hogar las delicias sacrosantas,
Los sencillos amores,
Y la dulce amistad sublime y pura
De culto singular eran objeto,
Hoy que me abate singular tristura
Yo siento al recordarlo más respeto.
Hombre que con orgullo desmedido
Cegado por la luz de falsa ciencia,
El poder soberano
Niegas de Dios, con ánimo atrevido.
Contempla la estension de este desierto,
Del aplomado cielo la inclemencia,
Los secos y espantosos arenales,
Y dime sino yerto
Sientes el corazon ante la vista
De este horrible paisaje que contrasta.
Porque aquí falta Dios: suelo maldito
En su seno germina
De ponzoña fatal planta ignorada,
Y en su cielo parece que está escrito
El maldiciente enojo
de esa mano Divina
A la vez que temida respetada
De que es el mundo secular despojo.

JOSÉ M.^o CROUSEILLES.

POESÍA.

De paso por tu morada
párome á reflexionar,
que en ella de mi guardada
estás como nacarada
perla en el fondo del mar.

La puerta franquearía
que me oculta mi tesoro,
y nadie me negaría
derramase ¡vida mia!
á tus piés mi amargo lloro.

Si tu compasion lográra
más resignado me vieras
y temo si á tí llegára,
que en el amor no creyeras
del que á tu respeto osára.

En ese mar sin vaiven,
de mis sentidos recreo,
queda tranquila ¡mi bien!
mientras mis ojos te ven
y no te alcanza el deseo.

Vive, pues, de mí alejada,
perla que digna de orlada
ser por imperial blason,
mas pobremente engarzada
te llevo en mi corazon!

MADRIGALES.



Soñé que una alborada
claridad apacible difundía
destello de tu célica mirada,
por la pasión turbada
con languidez, contento y poesía;
soñé que me envolvía
en ondas de zafir de tu belleza,
cayendo de mis ojos fatigados,
el velo que los cubre de tristeza;
soñé que palpitante
agitóse mi pecho enardecido
y lloré de placer ¡era tu amante!
Mi sueño el más feliz, por qué has mentido?



La flor envidio de matices rojos
que por galana prendes del cabello;
el cristal que retrata tu sonrisa
y copia de tus ojos,
de lo amante y lo bello
la expresión indecisa;



me dá envidia la brisa
que por galana toca
los pulidos corales de tu boca;
son para codiciados
esos ocultos velos
que ciñen tus contornos delicados;
mas ¡ay! con tu cariño ¡vida mía!
me envidiaran los ciclos
porque te poseía!

De cuantas glorias el amor previene
al que en su cielo de deleites vive,
atractivo mayor ninguna tiene,
como saber si de su bella amado
es el enamorado.
En mi fiel rendimiento
que si exige piedad, premio no espera,
y sin pena fijar el pensamiento
en otra que tu imágen no pudiera
¿no ves el sacrificio de una vida
que su pasión á lo ideal enlaza
sin la dicha lograr apetecida?
Sientes amor por mí? Si no temiese
que al espresarlo, con rubor divino
tu lábio tembloroso enmudeciese,
quisiera conocer mi venturanza
aunque al negarlo mi placer sepultes,
que quien ciego te amó sin esperanza
no cesará en su amor, por qué lo ocultes!

Rayos lucientes del día,
¿por qué si os miro encender
la esperanza y alegría,
no ahuyenta vuestro placer
mi negra melancolía?
De sus ojos los fulgores
mostradme por compasión,
que son tinieblas de horrores
para un muerto corazón
la sombra de sus dolores!

ATENODORO MUÑOZ.

Málaga, Abril, 1876.



UNA PÁGINA INTIMA
DE LA
HISTORIA DE FORTUNY. (1)

El 1.º de Julio de 1874, y pocos dias despues de su llegada de París, salieron de Roma, el maestro Fortuny y su familia, con direccion á Nápoles, donde habian de pasar los rigores del verano, evitando la peligrosa estancia fuera de la *Porta del Popolo*, donde situaban su estudio y su casa. Los consejos del Doctor Grana, su médico, habian entrado por mucho en la decision de este viaje.

Cinco dias despues, salía yo con mi familia en la propia direccion, y á las pocas horas nos reuniámos en el hôtel Washington donde el maestro nos habia hecho preparar una cámara.

Doce dias pasamos en el hôtel, haciendo poco más que nada. Desde que yo conocía á Fortuny, no le habia visto nunca tan inactivo. Se levantaba tarde, leía ó hablábamos, y despues de almorzar solía salir para volver al poco tiempo, y recostado en una poltrona, tomar el aire en la *terrazza* del hotel.

(1) Este trabajo forma un capítulo del libro inédito FORTUNY escrito por el autor.

desde donde se descubre un magnífico panorama. Por las noches, despues de comer, era visitado por el célebre pintor Domenico Morelli, gefe de la escuela napolitana, y varios otros artistas que formaban su tertulia hasta hora muy avanzada.

Los primeros dias, se pasaron bien, pero el Maestro se cansó pronto de aquella existencia, y por más que el propietario del hotel hacia cuanto estaba de su parte para que nos fuera agradable aquella estancia, se decidió en consejo de familia que era imposible continuar de aquel modo, y el Maestro y yo, tomamos un cochecito y nos fuimos por la marina y el camino de Portici en busca de otra casa, encontrando en menos de una hora de marcha, varias *villas* para alquilar, de las cuales la mas bonita era siempre la última. Sin embargo, no quisimos arrendar ninguna sin que Cecilia las viese y prestára su voto, y su conformidad. Al dia siguiente, pues, se hizo la expedicion con las señoras, para resolver definitivamente.

Tomamos el mismo camino, y despues de muchos altos y visitas y cuando estábamos indecisos en la eleccion, descubrimos algo mas adelante del sitio en que nos hallábamós, una casita de aspecto graciosísimo, en cuya puerta se veia el targeton, con el sabido SE ALQUILA.

Nada tan agradable, tan pintoresco, tan poético, habíamos visto, ni imaginado hasta entonces, y así es, que, se resolvió inmediatamente alquilarla.

Yo no puedo hacer gracia al lector, de una ligera descripcion de aquel riente nido, donde pasó los últimos meses de su vida el gran Maestro Mariano Fortuny, honra de España, y del Arte.

Siguiendo el camino de Nápoles á Portici, á la derecha, y poco antes de llegar al ex-real Palacio, se encuentra una pequeña construccion que lleva el número 485 y sobre su puerta, la inscripcion *Villa Aratia*. Antes de entrar, se ve un lindo camino sombreado de frondosos naranjos, y en el fondo de este camino de novela, una casita blanca, destacándose sobre un cielo azul.

La *villa*, consta de dos cuerpos de edificio; el que dá á la

calle, que sirve de recreo algunos días á su dueño, y que mi mujer y yo nos hicimos la ilusion de habitar mientras Fortuny estuviera allí, y la casita del fondo, dando al mar.

Franqueada la puerta, la calle de naranjos se hace mas bonita, si cabe, por la multitud de rosales y enredaderas, que cubren con profusion sus paredes laterales. A medida que se avanza, se va haciendo más simpática la casita del fondo, hasta que por fin se llega á la explanada donde situa. Su fachada es sencillísima: cuatro columnas sostienen un fronton liso, á la izquierda se prolonga un cuerpo del edificio donde se hallan la cochera y las cuadras.

Las columnas y el fronton, con los muros laterales, forman un delicioso vestíbulo, cuyo pavimento de azulejos y blanqueadas paredes le dan un aspecto de fiesta indefinible. En el fondo, hay tres puertas, y en los intermedios multitud de macetas artísticamente distribuidas. En el centro se ha colocado una mesa, y de columna á columna se han tendido cortinas que quitan los resplandores del sol, durante el día. Así se ha logrado hacer de aquel alegre vestíbulo, estudio, comedor, y sala de recreo. Allí solía pintar el Maestro rodeado de su familia. Allí la dichosa Cecilia se sentaba á coser ó á charlar con sus amigas, mientras sus hermosos niños jugaban y corrían. Allí, hizo el Maestro los retratos de su bella esposa, y el de su amigo y discípulo Agrasot, dos acuarelas superlativamente extraordinarias. Y, finalmente, allí los elegidos solíamos pasar, de sobremesa, las más deliciosas horas.

La puerta del centro, dá paso al salon, pieza espaciosa y cuadrada, rodeada de un divan con otro circular en el centro, y estátuas en los ángulos. Esta pieza, tiene cuatro puertas laterales que dan á los dormitorios, y dos frente á la entrada, que dan acceso á la *terrazza* mas agradable del mundo.

Colocada completamente al medio dia, y sobre un jardincito pequeño, pero cuidadosamente cultivado, que se halla separado del mar por la vía férrea, bajo la cual, se ha practicado un cómodo pasaje, no se puede salir á la *terrazza* sin ser deslumbrado por el brillante panorama que se descubre. Frente

por frente, la vista de Capri; á la derecha Nápoles, coronado de su famoso castillo de San Telmo, con su deliciosa marina, sus puertos, su arsenal, la tan decantada *Santa Lucia*, y mas léjos, tras del fuerte del Nuevo, Marcelina con la casa donde vivió Rivera, el *Spagnoletto* y la tumba de Virgilio; despues Possilippo, y allá perdiéndose en el horizonte las históricas islas Ischia y Prócida. A la izquierda, el Gravatello, vistoso y pequeño puerto, y más allá Castell-amare y Sorrento, y si se mira hácia atrás, casi encima de la *terrazza*, el Vesubio con su constante penacho y á los piés la vía férrea, y la playa, aquella playa que no es mas que la ceniza del Vesubio, refrescada por las ondas del Mediterráneo; aquella playa que ha dado motivo al gran Maestro para enseñarnos su última brillante nota; y por fin el cielo, un cielo que solo Fortuny ha sabido pintar, porque él solo ha encontrado en su paleta aquel rayo de luz que Dios ha negado sin duda á los demás pintores, cielo, por fin, que ha sido origen del último poema que con el pincel ha cantado Fortuny, el primer colorista entre los coloristas.

Desde el 15 de Julio al 31 de octubre, es decir tres meses y medio, permaneció el Maestro en aquella bellísima morada, querido, respetado de todos y admirado de los pocos que tuvieron la dicha de ver sus trabajos. Allí fué verdaderamente feliz, frente á la mas brillante Naturaleza que puede darse, teniendo que luchar contra aquel exceso de luz, que el Maestro atacó de frente saliendo vencedor de donde tantos otros han salido vencidos, pues hasta qué punto pintó *aire, cielo y sol* sus últimos cuadros lo dicen.

En aquella *Villa Aratia* tan oscura hasta entonces, volvió Fortuny á ser el incansable trabajador, y en aquellas playas, bajo aquel ardiente sol, sin mas resguardo que su típico sombrero de paja, pasaba enteros los días haciendo estudios de sus hijos ó de Cecilia, ó sirviéndose de cuantos iban á bañarse. ¡Afortunados los que tengan la dicha de poseer alguna de aquellas tablitas en que retrataba los muchachos tendidos sobre la arena, secando al sol sus carnes despues de tomar el baño!

Morellí, y cuantos hacen arte en Nápoles, se disputaban

su amistad, y Portici era el punto de convergencia de cuantos deseaban admirar ó aprender. El Maestro, libre de ignorantes importunos, y rodeado de amigos queridos y artistas entusiastas vivía feliz.

Una noche, después de un caluroso día, y cuando la luna se empujaba sobre la cumbre del Vesubio, como si celosa de la felicidad del Maestro quisiera alumbrarla con su apacible claridad, se oyeron hacia el lado del mar armonías extrañas, y más tarde, las voces de un coro que entonaba una original canción. Morelli, que estaba en la casa, invitó al Maestro para que se asomara á la *terrazza*, y allí en aquella misma playa que servía de campo á su empeñada batalla con la Naturaleza, acompañados de los instrumentos del país, cuarenta jóvenes pintores ó escultores, cantaron al gran Fortuny, mientras la tranquila ola del Mediterráneo, satisfecha de este tributo rendido al talento, acariciaba sus piés, y los alentaba con su suave cadencia.

Y no fué este el solo tributo rendido por aquella entusiasta y brillante juventud, al primer maestro de los tiempos modernos, pues aun después de muerto, cuando la nueva fatal se estendía por Nápoles, algunos de aquellos nocturnos cantores, reunieron sus escasos recursos y empeñaron cuanto tenían para procurarse dinero á fin de hacer el viaje á Roma y tener la triste y dolorosa honra de acompañar el cadáver y darle el último adiós, antes de que volviese para siempre al seno de la madre común. Yo los ví, y sus semblantes que espresaban la más honda pena, me hicieron recordar la serenata de la playa de Portici, y al comparar aquel día con aquella noche, lloré, que es el único partido que puede tomarse ante lo irreparable de los juicios de Dios.

Estábamos á principios de Octubre. Yo, que no había podido encontrar habitacion en Portici ni menos en casa del Maestro, donde, la única cámara libre estaba reservada para más antiguo amigo, que iba, al menos, una vez por semana, me encontré un día, lleno de sorpresa, ante una nueva tela en la que se veía trazada con carbon *Una escena en el matalero*.

Aquel valiente trazo, me entusiasmó, y preguntando al Maestro por el lugar donde se había inspirado, oí de sus labios una descripción tan magistralmente hecha, tan pintoresca, y que me impresionó tan fuertemente, que, poco más de un mes después, vine á recordarla en un momento, y en unas circunstancias, de que no puedo hacer memoria sin estremecerme.

Octubre tocaba á su fin, y el plazo marcado por el Maestro, para su vuelta á Roma, se acortaba cada día. Agrasot, y su simpática esposa, que habían pasado el verano en su compañía, estaban ya de vuelta en la Ciudad eterna. Los días empezaban á ser nebulosos, y sin saber cómo, aparecían síntomas de tristeza. Todos los amigos, y Morelli á la cabeza, rogaban á Fortuny, que, continuara un mes aún en Portici, tiempo que debía bastarle para concluir su cuadro de *La playa*. Él mismo parecía luchar con la duda; pero, de vuelta de la expedición á Amalfi, de que he hablado en otro lugar, se afirmó en su decisión de partir, y en dos días se dispuso todo. El 31 de Octubre, le ví por última vez, en vida, en la estación del ferro-carril de Nápoles, donde la mayor parte de los artistas se habían dado cita para despedirlo. El Maestro estaba triste; parecía como preocupado. Morelli le rogó aún, por última vez, que se quedara, pero todo fué inútil; la fatalidad lo había decretado, y el tren que había de llevarlo á la muerte, partió....

No sé por qué, cuando salíamos todos de la estación, tomando cada cual un camino diferente, tuve la idea, de que, parecía, al verlos tan tristes, que volvíamos de acompañar un entierro; idea, que, no fué más que un horrible presentimiento.

Yo había prometido al Maestro, que, á mediados de Diciembre, iría á Roma para concluir mi cuadro á su lado. Yo lo esperaba todo de sus sábios consejos; alentado con su ejemplo, había intentado hacer un efecto de sol, pero como contaba con el rayo que había de prestarme la paleta del Maestro, y aquel rayo se extinguió, mi inteligencia artística, y mi cuadro, se quedaron á oscuras. ¡A cuántos debe haber sucedido lo mismo!

Solo, en Nápoles, y trabajando con los recuerdos constantes de los consejos del Maestro, pasé los días que mediaron hasta el 22 de Noviembre de fatal é infausta memoria.

Cecilia, que escribía muy frecuentemente á mi mujer, y por cuyo conducto sabíamos casi todas las semanas del Maestro, nos habia dirigido el 15 su última carta, que respiraba, como todas, felicidad, y en ella nos decia, incidentalmente, que Mariano estaba algo indispuerto; pero esta noticia no nos alarmó, porque del contexto de la carta se deducia que se trataba de una levísima indisposicion.

Al amanecer del día 22—era domingo—mi esposa me refirió el sueño que la habia mortificado la noche anterior. Soñó, que habia visto un entierro acompañado por un gentío inmenso; que en el ataúd habia visto, claras y distintas las iniciales M. F.: que por una de esas imposibles realidades del sueño, habia oído como unas mujeres aseguraban que el entierro era de un pintor español de muchísima reputacion; y que, por último, el ataúd se habia entreabierto, y una mano, que ella reconoció ser la de Fortuny, la habia saludado, en son de despedida.

—Es un sueño feroz, le dije yo—y sin volver á pensar en ello, me puse á trabajar.

Trascurrió el día, que, fuè nublado y ventoso, y á las nueve de la noche, hora en que íbamos á pedir al sueño nuevas fuerzas para el trabajo, llamaron á la puerta, y á poco el factor del telégrafo me entregaba un despacho de Roma, cuya cubierta rompí yo creyendo aún cándidamente que se trataba de algun encargo de nuestro amigo.

El telégrama, decia así:

Ferrandiz. 24 largo ponte Maddalena.

NAPOLI.

Fortuny ha muerto. Entierro mártes.

Ricardo.

No sé esplicar lo que sentí despues de la lectura de aquel conciso despacho. Miré á mi mujer, que se empeñaba en aparecer serena, y solo tuve fuerzas para decirla:

—Son las nueve y media, y el tren sale á las diez; me voy á Roma.

—Yo tambien—dijo mi pobre mujercita, haciendo un grande esfuerzo para no llorar.

—¿Y yo, y yo?—añadió mi hijo Federico.—Yo quiero ir, papá.

—Vamos todos: no hay tiempo para discutir,—fué mi respuesta.

Metimos en un cofre lo primero que nos vino á la mano; recogimos el poco dinero de que éramos poseedores, y despues de escribir un telégrama para mi amigo Baron, participando la tremenda desgracia, con mi hijo en brazos, y á pié, porque no encontramos carruaje, corrimos á la estacion, donde llegamos en el momento mismo en que se disponían á cerrar el despacho de billetes. A toda prisa nos metimos en un departamento ya lleno, y el tren partió al fin para Roma.

¡Qué noche! ¡No la podria seguramente describir mi inexperta pluma!

Llegamos á Roma, y al bajar á la estacion, vimos á Morelli, que habia hecho el viaje en el mismo tren. A su vez, habia recibido el fatal telégrama.

Inmediatamente nos dirigimos á casa de Fortuny. Roma me parecia como envuelta en una nube de tristeza. Por las calles, encontramos muchos artistas conocidos, en cuyos semblantes contraidos se retrataba la pena, que iban y venian tristemente preocupados.

En la puerta de aquella casa donde habitó el génio, habia un grupo de amigos, que nos dejaron pasar silenciosos. Mi mujer, que conocia la casa, se dirigió en busca de Cecilia, y yo, que adivinaba el lugar donde debia estar el cadáver, salvé las escaleras, atravesé el salon donde muchos amigos inmóviles me dejaron hacer, entré en el cuarto que habia sido la alcoba de Fortuny, y sobre la cama vi un bulto cubierto con un paño blanco. Aquel bulto era el de un cadáver. Me acerqué aun más, levanté el sudario, y la cabeza quedó descubierta. Era Mariano; era Fortuny; era el Maestro que se hacia

el muerto. No era posible otra cosa: tanta belleza, tanto talento, tanta modestia, tanta virtud, no podian dejar la tierra de aquel modo....! Allí, todos ejecutaban una comedia: el telégrama habia sido una mistificacion para medir mi amistad; todos los amigos que habia encontrado en la puerta ó en el salon, se habian callado para ocultar su risa, y el mismo Fortuny, se contenia con dificultad.

Nunca he podido darme cuenta, de si todo esto lo pensé en los pocos minutos que permanecí delante del cadáver. Acaso fué el recuerdo de una pesadilla que me agovi6 toda la noche, y que aun en presencia de la realidad dolorosa, no queria abandonarme sin embargo. Es lo cierto, que no habia podido llorar hasta aquel momento en que mis ojos se anegaron, y lágrimas ardientes corrieron por mis mejillas, lágrimas, á través de las cuales, me pareció más noble aquella noble figura.

Volví al fin de mi doloroso estupor. Los amigos me rodeaban silenciosos y conmovidos; y pude notar que ninguno faltaba en aquellos solemnes momentos. Todos iban y venian como autómatas, llenando con resignada voluntad los deberes de aquellos fúnebres preparativos. Unos, disponian lo necesario para la autopsia; otros, dibujaban la forma que habia de tener el ataúd; aquellos tejian una corona de laurel para hacer la fotografía del cadáver; todos en fin, procuraban emplear la actividad y el saber, para rendir debido tributo de amistad y respeto al Maestro é impedir que la familia tuviera que ocuparse de cosas que hubieran aumentado su pena.

Aquel espectáculo era en cierto modo consolador. La admiracion y la amistad traspasaban los límites del sepulcro.

Con sentidas palabras me informaron de lo que habia ocurrido, y pronto supe, detalle por detalle, la historia de aquella, corta pero terrible enfermedad; despues fui á ver á Cecilia y á los niños.

¡Pobre viuda! ¡Pobres huérfanos! que las caidas son tanto mas dolorosas, cuanto de más alto se cae, y aquellos inocentes é interesantes seres, se habian encontrado en las más eleva-

das alturas sociales, para descender repentinamente á los abismos insondables de la soledad y del abandono!

No quiero pensar mas en aquellos angustiosos momentos, y voy á terminar este capitulo, con la descripcion de una escena, cuyo recuerdo me hace todavia estremecer.

Apenas dejé á Cecilia, supe que se iba á proceder inmediatamente á la autopsia y embalsamamiento del cadáver. Se hablaba de una complicacion en la enfermedad, que habia determinado la muerte, y la ciencia iba á sorprender el mal en el teatro mismo de su desarrollo. Una extraña curiosidad se apoderó de mí, y ostentando el título de representante de la familia, entré en la pieza donde se iba á operar.

Tres médicos, dos ayudantes, y yo, nos encerramos en lo que habia sido cuarto *toilette* del pobre Mariano, que, pálido, rígido, pero no descompuesto, yacía sobre una mesa improvisada. En su presencia, algo que no se explica, algo desconocido, se apoderó de mí y sentí una sangre fria de que no me hubiera creído capaz.

El operador, separando á uno y otro lado, la rizada cabellera de Fortuny, hizo con el bisturi una profunda incision, que iba desde el ángulo externo del occipital hasta la frente, y luego otra, formando cruz en lo alto del occipucio. Despues, despegó la parte carnosa de los cuatro ángulos, y dejó descubierto el cráneo. Una gota de sangre espesa, medio coagulada, surcó la noble frente del Maestro y fué á perderse en la abertura del ojo derecho, empapando sus párpados de rojo, y aquel ojo que hubiera sabido adivinar el color de la Naturaleza, quedó cegado por la propia sangre del Génio.

Llegó luego su vez á la sierra con la que el mismo operador, practicó diferentes cortes, hasta poder levantar la parte alta del cráneo, dejando descubierto el cerebro. Durante aquella operacion fué preciso sostener fuertemente la cabeza, teniendo al mismo tiempo levantados los cuatro ángulos en que estaba dividido el cuero cabelludo, triste operacion de que me encargué yo.

La fisonomía del Maestro, tenía en aquel momento una

expresion tan pronunciada de indiferencia, que parecia decir:

—Despedazadme, pobres ignorantes, pero es en vano; que los secretos del espíritu solo pertenecen al Creador. Examinad ese cerebro, y no encontrareis en él mas que materia, sin adivinar jamás cómo con él habia yo sabido causar el asombro de Europa!

La ciencia, hizo en efecto, el exámen y dijo:

—Cerebro voluminoso, con ligerísimas inyecciones de sangre.

Yo tuve en la mano aquella masa encefálica que habia producido tantas obras maestras, esperando encontrar algo más de lo que enseñaban las frias palabras de la ciencia; pero todo fué inútil. La expresion del rostro del Maestro, ya lo habia dicho: *Buscas en vano.*

Sin embargo, aquella materia debia tener misteriosas cavidades donde residiera el saber que no poseemos los demás; allí debia esconder sus mágicos tesoros el Génio; allí debia tener su fuente la invencible fuerza de voluntad, la imperiosidad que nos hacia á todos pequeños; allí en una palabra estaba escrito el secreto como un divino jeroglífico, indescifrable para los siempre miopes ojos humanos. ¿Cómo adivinar lo que Dios no quiso que fuera adivinable....?

Terminada la diseccion del cerebro, se procedió al reconocimiento de las demás visceras. Se hicieron dos largas incisiones [laterales que arrancando de la region umbilical, pasaban sobre los ángulos de las costillas y venian á unirse formando semicírculo, á la altura de la segunda pieza del esternon. Despues se cortaron los huesos, y toda la parte anterior del torso, arrancada de cuajo, y dando vuelta sobre sí misma vino á reposar sobre los muslos. Todas las entrañas quedaron al descubierto; los médicos las examinaron una por una, y la ciencia, volviendo á hablar, dijo:

—Pulmones sanos, con la particularidad de que el izquierdo se halla fuertemente adherido á las plétoras. Corazon lácio y vacío. Estómago en estado de crónica hiperhemia, con ligeras ulceraciones, algunas cicatrizadas, conteniendo restos de

la hemorragia estomacal producida por dicha afeccion. Hígado láceo, color gris, con todos los sintomas característicos de las enfermedades de *malaria*. Bazo no excesivo, lácido, y conteniendo multitud de puntos negros que demuestran la existencia de la perniciosa. Resúmen: muerte ocasionada por la calentura perniciosa, complicada con una crónica enfermedad del estómago.

Mientras los médicos experimentaban ó discurrían, mi imaginacion, ocupada, no pudo fijarse en el horrible cuadro de que era espectador, pero cuando el análisis terminó, miré en derredor de mí, y un recuerdo desolador me hizo perder en un punto toda la ficticia sangre fria que hasta allí me habia animado. Sin saber cómo recordé el cuadro de *El matadero*, y la descripcion que el Maestro me habia hecho un mes antes en Portici. Me pareció escuchar sus mismas palabras, cuando «figúrate—me dijo—el suelo lleno de sangre coagulada, ó fresca, y aquí y allí, pedazos de tripas, estómagos, sesos, hígados, formando un confuso y repugnante monton, y más allá el carnicero limpiándose el sudor con el dorso de la mano, para no ensuciarse de sangre;» y aquellas palabras, estaban tan justificadas, como que el destrozado era Fortuny, y todas las piltrafas informes que cubrian la mesa, formaban parte del que un dia me hizo tan gráfica y tremenda explicacion; y yo su amigo, su discípulo, su admirador, habia presenciado aquella carnicería! Mariano, con los brazos tendidos, despedazado mutilado, á través de sus párpados cerrados para siempre, me miraba, me tenia lástima, y parecia encargarme la serenidad, y el valor: en lo que de él quedaba se veía aun al bueno, al sábio, al hermoso Fortuny. En aquel momento perdí toda mi serenidad; mis piernas flaquearon, y sentí la necesidad de salir de aquella habitacion, no sin que al intentarlo creyera que algo superior me retenia, pero vencido al fin el encanto, atravesé la casa corriendo vacilante, hasta el jardín, me dejé caer en un banco y lloré...

Al dia siguiente, hice un esfuerzo para ir al cementerio; quise hablar y apenas pude articular unas palabras, y domi-

nado al fin, vencido por tanta emoci3n dolorosa, de regreso á mi casa, caí enfermo. Cuando me sentí mejor visité á Cecilia, pero no pude resistir los extremos del dolor, y lloré de nuevo. Comprendí que allí no servía para nada, que tanto llanto me ponía casi á las puertas del ridículo, y me volví á Nápoles, donde ni el tiempo ni la distancia han logrado borrar aún, aquellas tristes impresiones.

BERNARDO FERRANDIZ.

Nápoles 15 de Febrero de 1875.

CLARY.

NOVELA INGLESA.

CARTA DEL BARONET BORSTON AL CABALLERO DIGBY

(Continuacion.)

Las lágrimas y los sollozos me quitaron el uso de la palabra, y me quedé sumergida en aquella estupidez, que se llama la estupidez del dolor. Se retiró Mevil como confuso, habiendo antes hablado bajo con una jóven que me servia, y cuyo nombre era Bety. Lastimándose esta de mi desgracia, se valió de todos los medios posibles para consolarme, y me dijo que Milord le pareció conmovido, y que por lo tanto no dudaba que se casaria conmigo. Ya se habia rasgado la fatal venda, y ya no podia engañarme á mí misma, porque el infame Mevil habia manifestado toda la maldad de su alma. Bety me condujo, ó por decir mejor, me arrastró á mi cuarto.

Aquí me entregué á un tropel de ideas, que unas y otras sucesivamente se destruian. No será difícil que pueda quitarme la vida (me decia á mí misma.) La existencia es para mí un peso insoportable..... Pero acaso no son todavía bastantes

las ofensas que he cometido contra la virtud y la religion? ¿Añadiré á los antiguos, nuevos delitos? ¡Cesar de vivir! ¡No volver á ver mas á mis amados padres! ¡Ah, no! ¡haga el cielo que ellos reciban mis lágrimas, mis últimos suspiros, y que impriman sus trémulos besos en mis lábios moribundos.

En fin, despues de un tumultuoso combate de encontrados afectos y pensamientos, se me ocurrió un proyecto, en el cual fijé toda mi reflexion. Adormecidos mis males con esta idea, me mostré algo mas tranquila; por lo cual juzgando Bety, que el sueño venía á apoderarse de mis sentidos, me dejó sola. Me determiné entonces á poner en ejecucion este designio, que consideraba como el único recurso en mi desgracia. Repetí varias veces en lo mas íntimo de mi corazon: ¡Oh tierna madre mia! ¡oh mi respetable padre! Espero que volveréis á recibirme en vuestros brazos: no me negareis la dulce satisfaccion de que postrada á vuestros piés pueda aguardar el fin de mis tristes dias. ¡Ah! ¡concedáme el cielo la gracia de que logre morir con vuestra bendicion.

Me puse inmediatamente mis antiguos vestidós, sobre los cuales no pocas veces habia llorado en secreto. ¡Ay de mi! estos me traian á la memoria mi feliz estado de pobreza. ¡Entonces era yo virtuosa! Dejé á mi perverso seductor todos sus venenosos dones, y solo me guardé una sortija de poco valor, que en otro tiempo me habia dado mi madre con intencion de deshacerme de ella al salir de Lóndres. Me hubiera causado horror el conservar un solo *Sheling* (1) que hubiese sido de Mevil. ¡Con qué sonrojo, con qué indignacion miraba aquellas brillantes estofas y diamantes con que el pérfido habia adornado su delito y mi deshonra! Me pareció que mi nuevo traje me habia vuelto aquella inocencia, cuya pérdida lloraré eternamente.

Reconociendo la situacion de mi vivienda, reparé que estaba al primer piso, por lo que con el auxilio de algunas ropas hechas tiras, logré escaparme por un balcon de mi cuarto.

(1) Moneda inglesa del valor de cinco reales.

Antes de abandonar esta odiosa morada tuve la precaucion de dejar sobre una mesa una carta para Milord, que contenia á corta diferencia estas espresiones, de las que mi dolor se acordará fácilmente.

«Resuelta ya á no darme la muerte, porque aun temo el
»cielo irritado con mis culpas, y porque deseo exhalar mi últi-
»mo suspiro en el seno de mi familia; he adoptado el único
»partido que me quedaba, que es el de aborreceros, de ceder á
»mis remordimientos, y de huir de vos para siempre como de
»mi asesino, como de un infame, que ha privado á una desven-
»turada del único bien que poseia, y que ya no es posible que
»pueda recobrarle. ¡Pérfido Mevil! vos me habeis arrancado
»del seno de mis padres: os habeis burlado de los juramentos
»mas sagrados: me habeis quitado mil veces mas que la vida,
»y en pago de mi débil flaqueza, habeis causado mi oprobio,
»estampando en mi reputacion una mancha, que nunca podrá
»borrarse, y que me infamará para siempre; sí, la memoria de
»mi deshonra subsistirá aun despues de mi muerte.... ¡Inhu-
»mano! ¿Qué mujer estimaba mas que yo la virtud? ¡Y la he
»ofendido! ¡Y he faltado á esta virtud, cuya pérdida irrepára-
»ble me atormenta incesantemente! ¿Cómo me mirarán mis
»padres, aquellos ancianos, que pueden gloriarse de setenta
»años de una vida irrepreensible, y pura, cuando yo, con-
»tando apenas diez y siete de edad soy la afrenta de mi
»familia, de la tierra que me vió nacer; y mi deshonra ha lle-
»gado á su colmo? ¡Ah Milor! muy pronto se acabará mi exis-
»tencia; pues ya es imposible que pueda vivir sumergida en
»tanta ignominia. Desde las puertas del sepulcro llegarán los
»gemidos de mi dolor hasta vuestros oidos, para reconveniros,
»para castigaros.... Puede ser que entonces el arrepentimiento
»se insinúe en vuestra alma, y que la suerte de la desventu-
»rada Clary, os arranque algunas lágrimas; pero ya será tarde,
»Milord, ya será tarde. Acordáos, que yo solo os pedia me
»concediéseis que pudiera llevar por un instante el nombre de
»esposa vuestra, pues así por lo menos habria espirado con mi
»honor. ¡Ay de mí, no hay en la tierra quien me proteja, quien

»me ampare! Todos han despreciado mis quejas, y han hecho
»escarnio de mis lamentos. ¿Por qué acudiré, pues, á la justi-
»cia humana? No; todo el rigor de la divina, es lo que imploro.
»Esta es incorruptible: esta no conoce grandeza, ni dignida-
»des: la Cámara Alta (1) no la infunde respetos: juzga á los
»Lores y á los Pares, y los condena como al más infimo de los
»culpados: temblad Mevil: remito mi venganza á su brazo.
»Si el débil es oprimido en el mundo, tiene un defensor en el
»cielo, Se levantará Dios de su trono, y tomará mi causa en
»sus manos: á sus piés mismos elevo mis lágrimas y mis ge-
»midos. ¡Infame! allí es donde te aguardo.»

«P. D.—Hallareis en mi cuarto vuestros corruptores be-
»neficios, pues he vuelto á tomar mis primeros vestidos, que
»son los únicos que me convienen: ¡Desgraciada de mí! ¡Que
»no haya podido recobrar con ellos mi pérdida inocencia! Solo
»llevo conmigo mi corazon, mi corazon despedazado por los
»remordimientos, y por una eterna ignominia, pero vuelvo
»contenta al seno de aquella pobreza, de que nunca tendré que
»avergonzarme.»

Así que me hallé en la calle, me puse á caminar con pre-
cipitacion, descando alejarme prontamente de aquella fatal
morada. Iba trémula y despavorida, y la oscuridad de la no-
che aumentaba mi confusion. Llena de sobresalto volvía la
cabeza incesantemente, casi ignorando el camino que llevaba,
cuando oigo pisadas de alguna persona: acelero el paso, y
advierto que me vienen siguiendo.

—¡Cómo! (me dice de improviso un hombre, asiéndome de
un brazo) ¡A estas horas en la calle! ¿Y á dónde vais?

—¡Ah! Vickman, (le respondí, habiendo conocido que era
el secretario de Milord) voy..... Salvadme, os lo pido por amor
del cielo: no me obligueis á que vuelva otra vez á esa abomi-
nable casa: hareis una accion meritoria: me aparto para siem-
pre de Milord y del vicio: quiero volver al seno de la virtud, y

(1) El mas distinguido cuerpo de la Constitucion inglesa.

á los brazos de mis padres: vos habeis de auxiliar mi desig-
nio: sí, os lo suplico encarecidamente, dignaos favorecerme.

Este perverso, que no vivia en la misma casa de Mevil,
me respondió que podia entrar con toda seguridad en la suya,
sin embargo de que su consorte estaba ausente, y que èl no
necesitaba de los impulsos de la religion para respetarme, y
serme de alguna utilidad.

Me dió la mano, y me introdujo en una sala de un cuarto
bajo: sentéme, y en pocas palabras le conté todas mis desgra-
cias. ¿Lo creereis? este mortal detestable, cuya compasion
pensé haber excitado, se aprovechó de estos momentos de mi
turbacion y dolor, para hablarme de un modo muy ageno del
carácter de un hombre honrado. Conoci entonces mi impru-
dencia; pero ya no estaba en tiempo de remediarla. Estaba re-
suelto aquel mónstruo á valerse de la violencia, por lo que le
hice los cargos mas fuertes, y empleé las súplicas, las lágrima-
s, y los sollozos: además, me arrojé á sus piés, hablándole
de esta manera:

—¿Qué, seréis capáz de olvidar hasta este punto vuestros
deberes, la religion, la naturaleza, la humanidad, la humanidad
que os presenta mis lágrimas? Me acoji á vuestro seno, como
al seno del mismo Dios: he mirado vuestra casa como un templo
sagrado: ¿Y vos abusareis de la confianza de una infeliz, que
despues del favor del cielo implora vuestra asistencia?... Vick-
man, no añadais vuestros delitos á los de Milord: bastante cul-
pada soy: sed, pues, mi amparo, mi protector, mi padre.

Sin embargo, despreciando aquel impio mis súplicas y mi
llanto, iba á hacer uso ya de la fuerza, por lo que me lancè
hácia la ventana gritando: *¿No hay quien acuda á socorrer á una
descontentada?* Vickman, furioso, me echa un pañuelo á la boca.

A este tiempo suenan repetidos golpes á la puerta. Vick-
man se queda inmóvil, y los golpes prosiguen con mas violen-
cia. Cede finalmente la puerta: entra un Militar con la espada
en la mano y yo corro á arrojarme á sus piés exclamando:

—*Quien quiera que seáis, dignaos defenderme del mas infame
de todos los hombres.* Se apresura el incógnito á levantarme,

hace que me siente á su lado, y entonces le refiero sin disfráz alguno la aventura que me habia expuesto á la perfidia de Vickman:—Jóven respetable (me dijo, despues de haber oido mi relacion) descuida en mi honor: tomad mi brazo, y no dudeis, que os haré ver que las personas de mi profesion saben honrar la virtud; y tú, hombre despreciable, ten entendido que solo tu bajeza te exime del castigo que mereces, pues ya te hubiera quitado la vida si no temiera deshonrarme. Vámonos, Señora, seguidme.

Tenia mi defensor de veinte y cinco á veinte y seis años de edad, y una figura de mucho interés: la nobleza misma de su alma se veia pintada en su rostro. Esto me animó, á que no obstante que me hallaba oprimida de dolor y miedo, me entregase á su generosidad, resuelta por otra parte á privarme de la vida, si igualmente que el secretario hubiese tenido la vileza de abusar de mi confianza, persuadiéndome que el Ser Supremo me perdonaría este último delito, en consideracion del motivo que me llevaba á cometerle.

He aquí, pues, que ya me hallo en las calles de Lóndres en la mitad de la noche, sola con un jóven oficial y en cierto modo á su discrecion. Apenas tenia yo fuerzas bastantes para sostenerme; y como él reparase que á cada paso se iba aumentando mi sobresalto, me dijo:

—Señora, os lo repito, no temais cosa alguna: descansad tranquilamente sobre mi probidad, y vivid segura, que mi juventud no me impide conocer la pureza de los afectos, y la satisfaccion de cumplir con las obligaciones de un hombre de bien.

Era tal mi turbacion, que apenas oia lo que me estaba diciendo. Llegados finalmente á la calle de Norfolk, se paró el incógnito delante de una pequeña puerta, llamando á un criado, que inmediatamente vino á abrirnos, entramos á una habitacion puesta con la mas elegante sencilléz.

—No tengo mas que dos cuartos (me dijo el oficial volviéndose hácia mí) éste, y otro al segundo piso: en esté tomareis algun descanso: luego, al amanecer, nos marcharemos á

caballo, pues tengo dispuesto llevaros á casa de mi madre, que vive á seis millas de Lóndres. Nosotros os ocultaremos por ahora á las pesquisas del infame Lord; y de allí, si me lo permitis, os llevaré á casa de vuestros padres.

Estaba yo mirando á mi protector, y dudaba si despues del fatal lance en que me habia visto, me fiaria de un proceder, que al parecer habia de tranquilizarme. Me hizo traer alguna cosa para que comiera, y supe de seguida que se llamaba Sir Brown; que era hijo único, y que servia en la marina. Pasando por delante de las ventanas del perverso Vickman, oyó mis voces, y acudió á socorrerme. Yo respondia á todo esto con lágrimas.

—¿Llorais, señora? (prosiguió) Os aseguro que siento sumamente vuestros quebrantos; pero ya estais cerca de volver á veros en el seno de vuestra familia, donde os olvidareis del malvado Mevil, y sereis otra vez el consuelo, y el alivio de vuestros virtuosos padres.

Se fué finalmente á su cuarto, y yo me quedé sola en el mio. De cuando en cuando volvía la desconfianza á mi pecho, por lo que, no solo tuve el cuidado de echar todos los cerrojos sino que tambien amontoné detrás de la puerta una cantidad de sillas con una mesa; y en lugar de acostarme, despues de haber puesto la luz en el suelo, me quedé sentada en una poltrona, con la cabeza inclinada sobre la rodilla, y oprimida de mi situacion.

Ya os he dicho que estaba resuelta á darme la muerte, si el oficial hubiese intentado imitar al abominable Vickman. Me levanté al cabo de algun tiempo, y arrodillándome, imploré con el mayor fervor la asistencia del cielo. Tomé luego otra vez mi asiento con algun poco más de tranquilidad y confianza. Penetraba Dios mi corazon, y veia en él la veracidad de mi arrepentimiento, y mi confianza en su proteccion; ¡y cuánto no resplandece ésta en los más grandes peligros, cuando ya la misma esperanza nos abandona! En fin, apesar mio me quedé dormida en medio de las reflexiones más lúgubres; y un sueño espantoso vino á aumentar el horror de mis tristes ideas.

Me hallaba en un lóbrego subterráneo, débilmente alumbrado de una fúnebre lámpara, y á punto de caerme en un sepulcro. Un anciano, cuyas canas cubríanle una parte del rostro, acude hácia mí, diciendo:

—*Tú no eres quien ha de morir; para mí está destinada esta sepultura. ¡Hé aquí donde mi hija me ha conducido!*

Veo que es mi padre, é intento abrazarle.

—*Apártate, (prosigue) ó si te acercas, tiende sobre mis áridos miembros este funebre paño.*

Me encuentro un paño de tumba entre las manos: doy un grito espantoso: oigo echar tierra sobre un féretro; y una voz, que parece salir de un sepulcro, pronuncia estas palabras:

Aquí te aguardamos.

(*Se continuará.*)

MISCELÁNEA.

El domingo 7 del corriente, tuvo lugar en el estudio de nuestro amigo el Sr. Ferrandiz, (Barcenillas) la velada artístico-literaria, de que hablamos á nuestros lectores en el número anterior. El principal objeto de esta reunion fué dar lectura al drama que con el título de *El último dia de Numancia* ha escrito el conocido poeta y amigo nuestro, D. Emilio de la Cerda.

Las personas que concurrieron á este acto, fueron las que habitualmente asisten á las reuniones del distinguido pintor valenciano, y además los Sres. Sancha, Diaz Maroto, Guillen Robles, Perez Lirio, Avila, Madolell, Rodriguez Cano, Verdugo, Perez (D. Emilio) y el Sr. Candalija, Gobernador civil de esta provincia.

Despues de tomar un esquisito café con que el Sr. Ferrandiz obsequió á sus amigos, el Sr. La Cerda dió lectura de su obra que fué muy aplaudida, y mereció á su autor felicitaciones muy lisonjeras.

Acabada la lectura del *Ultimo dia de Numancia*, hicieron uso de la palabra los Sres. Ferrandiz y D. Atenodoro Muñoz, el primero para dar á conocer un capítulo de la *Vida de Fortuny*, obra que escribe en la actualidad, y el otro á fin de leer unos madrigales y un romance satirico. Todas estas producciones fueron muy aplaudidas y sus autores recibieron entusiastas plácemes de la concurrencia.

El concertista Sr. Pons amenizó también el rato con algunas piezas de música, y á las once se retiraron los convidados felicitando á los Sres. de Ferrandiz por lo agradablemente que hacen pasar el tiempo en su casa.

En la próxima velada tomarán parte varios señores invitados al efecto, entre los que se cuentan los Sres. Perez Lirio, Relosillas, Muñoz (D. A.), Crouseilles, Muñoz Cerissola y La Cerda.

Por nuestra parte felicitamos al Sr. Ferrandiz por lo mucho que no ya solo en favor de las artes, sino de las letras, hace en Málaga.

Apesar de haber sido publicado por nuestro apreciable colega el *Correo de Andalucía*, el discurso de nuestro amigo el Sr. Sancha, tenemos una satisfacción en reproducirlo para darlo á conocer á nuestros suscritores.

DIRECTORES PROPIETARIOS.

ENRIQUE RIVAS.

JOAQUIN M.^o VERDUGO.



LA REVISTA DE MÁLAGA

Verá la luz pública los dias quince y último de cada mes en cuadernos de 40 á 48 páginas.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

MÁLAGA.	PROVINCIAS.	ULTRAMAR Y ESTRANJERO.
Un mes..... 8 rs.	Un mes..... 9 rs.	Un mes..... 12 rs.
Tres meses..... 22	Tres meses..... 24	Tres meses..... 35
Un año..... 80	Un año..... 85	Un año..... 120

AGUARDIENTES DE OJEN, DE JULIO DEL PINO Y GOMEZ.

CALLE DE ALVAREZ NÚM. 2.

Además hay un gran surtido de licores españoles y extranjeros.

AGUA DE ESTEVES.

Esta composicion vegetal, impide la caída del cabello, afirma sus raíces, limpia completamente la caspa, y hace desaparecer al momento los dolores de cabeza.

DEPÓSITO.—Calle de Sta. Lucia, Tienda de modas. (Antigua casa de Campo-florido.)

ALMONEDA.

Se hace almoneda de los muebles de una casa. Comedias, 10, principal.